



LA RAZÓN HISTÓRICA. Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas. ISSN 1989-2659

## Conceptos de la Grecia antigua en la historia moderna universal.

**Montserrat Jiménez Sureda.**

*Universitat Autònoma de Barcelona*

**Resumen:** La transmisión de conceptos de la Grecia antigua en la historia moderna universal. Este artículo tiene dos objetivos principales. Por un lado, pretende, a la vez, sintetizar el nacimiento de la categorización de la historia como ciencia en la antigua Grecia y hallar la base griega de conceptos usados en la historia moderna universal. Por el otro, trata de describir dos de las principales aportaciones griegas a la historia: la aportación material que supuso establecer sedes físicas para depositar la materia prima de los análisis históricos (archivos, bibliotecas y museos) y la aportación filosófico-conceptual (concretada en tiempo y palabras), imprescindible para la codificación de esta actual disciplina.

**Palabras clave:** conceptos históricos, protohistoria, antigua Grecia, historia moderna universal.

**Abstract:** Ancient Greek concepts in Modern History. This article has two main aims. Firstly, it intends both to summarize the birth of the categorization of History as science in the Ancient Greece and to point at the Greek basis of some Modern axial historic concepts. Secondly, it describes two great Greek creations that reverted in History: the establishment of places to preserve the memory of the past (archives, libraries and museums) and some philosophical constructions (regarding concepts as Time and Words) that are essential to encode this contemporary discipline.

**Key words:** historical concepts, protohistory, Ancient Greece, Modern History.

## Índice.

1. Introducción: La historia en Grecia
2. La codificación de conceptos afines
  - 2.1. El tiempo
  - 2.2. Las palabras
3. Los receptáculos físicos de la historia
  - 3.1. Archivos
  - 3.2. Bibliotecas
  - 3.3. Museos
4. Formas de hacer historia
5. Conclusiones

### ***1. Introducción: La historia en Grecia***

La afirmación de que el patrimonio intelectual de Occidente empieza con la Grecia antigua se ha convertido en un axioma[1]. En la antigua Grecia se identificaron fenómenos variadísimos, hoy considerados científicamente correctos. Desde la localización del raciocinio en el encéfalo, anunciada por Herófilo de Calcedonia hacia el siglo IV a. C., hasta el heliocentrismo formulado por el astrónomo Aristarco de Samos en el siglo III a. C. o los cálculos de la circunferencia terráquea de Eratóstenes[2]. En la misma Grecia, reputada por ser la cuna de la filosofía, tuvo también un peso enorme la cultura popular[3]. Aristóteles, Herodoto y otros intelectuales, como Plutarco, fueron los antecesores de los folkloristas del siglo XIX europeo, dándose a coleccionar fábulas, proverbios y otras muestras debidas al ingenio del vulgo. Los antes aludidos fueron pioneros en cimentar la que se transformó en fama enorme de Esopo. La existencia del cual es tan probable como la de Homero.

Los griegos tuvieron la voluntad de legar el pasado al futuro, de transmitir sus historias a los hijos o nietos de quienes las habían protagonizado, activa o pasivamente[4]. Los historiadores modernos y contemporáneos suelen situar el inicio de la ciencia histórica en Herodoto, “el padre de la historia”, y en Tucídides, el “historiador” por excelencia. En la antigua Grecia, se hallan ya algunos de los rasgos definitorios de la historiografía occidental. Para empezar, el pensamiento griego generó no pocos intelectuales dedicados al quehacer histórico. Aparte de los nombres más conocidos, icónicos en los casos de Herodoto y Tucídides, hay una pléyade de historiadores poco visitados en general[5].

La génesis de muchas palabras es griega. Etimologías y definiciones occidentales tienen sus orígenes en Grecia. El concepto de *historia* se encuentra en Aristóteles, en himnos homéricos, en Heráclito, en inscripciones boyóticas o en el título de la obra magna de Herodoto, las *Historias*. Con el significado de interrogarse o de aprender mediante preguntas, usando un mecanismo parecido al que sirve a los niños y a sus “¿por qué?” para acceder a la comprensión introspectiva de los mecanismos básicos con que se rige el mundo que les rodea, una de las reflexiones de Aristóteles lleva por título *Preguntas sobre los animales* o *Peri ta zoa historiai*.

En la época del Renacimiento, con la deificación del humanismo, la historia se circunscribió especialmente a los seres humanos. No era nada nuevo. Los griegos y los romanos ya habían marcado una línea divisoria intangible, aunque rotunda, entre los hombres y el resto de súbditos del reino animal. El cristianismo sancionó la exclusión, coincidente con buena parte de religiones anteriores, al considerar sólo al hombre *imago Dei* [6]. Los animales serían objeto de análisis por parte de las ciencias, en que intervenían los sentidos. De los hombres se ocuparía la parte rectora del cuerpo humano, la más noble, el cerebro, la sede del intelecto.

Por consiguiente, ya en el mundo antiguo, la historia se dividió en dos grandes secciones: la historia natural, incluida en las ciencias naturales como subapartado y, con insidiosa frecuencia, percibida de manera inconsciente como de menor importancia que otras aplicaciones de la biología; y la HISTORIA, exclusiva de los hombres. A los tres reinos de la naturaleza, el mineral, el vegetal y el animal [7], el hombre añadió *de facto* el cuarto reino, una esfera superior como propiedad exclusiva. Quizás ha llegado el momento de superar el paradigma renacentista de considerar al hombre como el ombligo del universo, como la medida de todas las cosas, en pro de una reubicación del mismo en la pertinente escala biológica, sin obviar los análisis etológicos-etiológicos para entender determinadas conductas suyas [8].

Grecia es la madre occidental de un rasgo que habría de tener un reflejo tardío en el cristianismo: la humanización de los dioses [9]. Es cierto que, en los relatos mitológicos, los habitantes del Olimpo parecen ejercitar con los hombres sólo las habilidades de quien mueve marionetas. Sin embargo, las pasiones de estos dioses griegos eran reconocibles a un nivel primario: desde la concupiscencia de Zeus hasta los celos de su esposa Hera. Autores como Hesíodo los convirtieron en los protagonistas de su *Teogonía* u *Origen de los dioses* [10]. Colección de géneros poéticos que abraza una explicación global del mundo, visible e invisible, tratando de responder a la eterna pregunta: ¿de dónde venimos?

La respuesta hesiódica es, a la vez, una cosmogonía y una genealogía. Salvando las distancias, los dioses se explicaban de la misma forma en que podría haberse explicado la ascendencia y la descendencia de unos ilustres vecinos de Atenas. Con los requisitos biológicos de rigor. En la mezcla subsiguiente de hijos y nietos, terminaban por producirse hibridaciones entre dioses –y diosas- y mortales que daban lugar a los héroes (que, en unos versos del poema, son detallados en un *catálogo*). Esta teogonía sería uno de los antecedentes de las genealogías de las naciones de Occidente.

A los griegos se debe también la personificación de la historia en una alegoría: la musa Clío que, humanizada, devendría tan contingente como los hombres que la imaginaron así[11]. Los griegos personificaron a dioses, saberes y conceptos. En este sentido, se podría considerar que las metamorfosis de los dioses son el equivalente de la contingencia humana. Los nueve libros en que los editores de Alejandría dividieron las historias de Herodoto fueron vinculados a una musa, es decir, a una diosa que inspiraba las creaciones literarias y artísticas. Dado que Herodoto era historiador, el primero de tales libros se vinculó a Clío. En tanto que los saberes se encabalgaban, en el mundo clásico era habitual que una musa representase una variedad de ellos. La asociación estricta y definitiva entre una musa y un saber fue hecha a partir del Renacimiento. Ayudaron a la concordancia entre significante y significado estudios de emblemática e iconología como los de Andrea Alciato y César Ripa[12].

Junto al concepto de historia, en la Grecia antigua se gestó también una idea de patrimonio cultural (incluyendo en tal definición al patrimonio biográfico) intangible en una zona culturalmente homogénea. La tierra entera se convierte en el sepulcro de los hombres famosos, puesto que sus acciones quedan grabadas en el soporte más duradero, que no es la piedra, sino el corazón de los hombres. Tucídides evocó a Pericles con este razonamiento tan impactante y tan proclive a generar la emulación de los ambiciosos que leían su obra[13]. Salvando las enormes y heréticas distancias, siglos después de muerto, Pericles se convirtió en un icono occidental en una manera similar a cómo el Ché Guevara lo fue durante el siglo XX[14].

En la antigua Grecia nació la futura categorización de la historia como una ciencia. De esta categorización, terminaría sintiéndose heredera una historia sin artificios, fidedigna, que presentaba los hechos tal y como eran, jamás como debían haber sido. Esta historia respondía a un tipo de análisis lógico, basado en relaciones de causas y efectos de las anteriores, sin espacio para intervenciones sobrenaturales.

Se ha incardinado en Tucídides esta tendencia que resurgió con enorme vigor en el movimiento positivista europeo del siglo XIX[15].

En la misma corriente se pueden situar las consideraciones de Polibio (entre otros) de la historia como ciencia útil que, partiendo del pasado, podía ayudar a construir el futuro a partir del descubrimiento de las relaciones de causalidad – siempre concretas y racionales, es decir, con un valor permanente- que provocaban una concatenación de hechos susceptible de repetirse si lo hacían también determinadas conductas. Esta forma no era nueva, ni siquiera entonces. Aristóteles sostenía que las causas finales guiaban a los procesos naturales, teoría que tuvo una reminiscencia de Dios como arquitecto para algunos filósofos cristianos.

Sin embargo, el mismo espacio griego creó la historia como arte, con su correspondiente musa representativa. Se atribuye tal paternidad a Herodoto[16]. La invención de la historia como género literario con subgéneros propios, según la temática, la motivación o el estilo de quien la escribía, entre otros factores clasificatorios, va más allá de la escritura herodotea[17].

Hacedores de mitos, protohistoriadores e historiadores griegos acabaron por dar forma al concepto de historia como sucesión de hechos interdependientes y regidos por lógicas internas[18]. Para llegar a esta conclusión, los historiadores de la Grecia antigua adoptaron una metodología que ha terminado por ser inherente al oficio: la recolección sistemática de material con el propósito de escribir sobre el pasado; la selección de este mismo material; el orden y la estructuración de lo recogido para dar coherencia e inteligibilidad al discurso; su encaje en una organización episódica del discurso en base a capítulos coherentes, titulados como libros, las más de las veces[19].

Los historiadores de la Antigua Grecia son los archivos de la memoria del Viejo Continente[20]. Cada vez que se ha revisitado la antigüedad grecorromana, se han hallado en ella nuevos motivos de admiración. Cualquier tendencia o proyecto político puede encontrar sus cimientos en la Grecia antigua. La Edad Media, el Renacimiento, el Barroco, la Ilustración, el Romanticismo... Cada movimiento cultural europeo –y, a partir del siglo XVIII, también en sus espacios coloniales- fue susceptible de acoger una nueva faceta de los padres fundadores de su identidad cultural. Los teóricos de los proyectos imperiales, por ejemplo, han interpretado reiteradamente el texto tucidídeo, descubriendo en él el espejo en el cual reflejarse[21]. Entre historiadores, los vínculos se estrechan aún más, si cabe. Como muestra un botón: se han querido situar en Herodoto los inicios de la

escuela francesa de los *Annales* y, en general, a los abanderados de un concepto de “historia total” [22].

## **2. La codificación de conceptos afines**

### **2. 1. El tiempo**

A los griegos se debe una trascendente codificación de un concepto abstracto: el tiempo. Entre los historiadores de la antigua Grecia, se hallan –implícita o explícitamente- dos concepciones filosóficas al respecto. Si se pudiesen esquematizar, una tendría la forma de una recta, es decir, la distancia más corta entre dos puntos: el pasado, como punto de partida, y el futuro, como meta. La otra sería una esfera. A la primera, correspondería una escritura lineal, rectilínea, finalista. A la segunda, una narración cíclica. La primera se avendría con el concepto de progreso, con la progresión de la vida humana. Sería una especie de transposición del ciclo vital de nuestra especie a la naturaleza que la ha engendrado. La segunda partiría de esa naturaleza, incardinando al hombre en ella. En la primera, el hombre es la medida de todas las cosas, el generador, el epicentro, el eje de la historia. El tiempo es un tiempo inventado por este hombre, el tiempo de los hombres, un tiempo marcado por acontecimientos humanos. Un tiempo integrado en la *nomos*.

En la segunda, marcada por la naturaleza, no existe el tiempo histórico, el tiempo únicamente humano. Existen los movimientos de rotación y de translación que dan lugar al día y a la noche y a las estaciones del año. Estos se repiten de manera invariable desde los inicios de la vida. Son la base de la vida misma. Es el concepto que se desprende de la *physis*.

Euclides de Alejandría ya trazó una geometría tridimensional que se mantendría hasta la ampliación multidimensional que empezó a dominar el panorama científico en el siglo XIX y se popularizó extraordinariamente cuando la figura del físico Einstein devino un icono del siglo XX. Las tres dimensiones del espacio y la única dimensión temporal que se inferían del modelo matemático euclidiano adquirieron una dimensión relativa. Las reflexiones abstractas no son privativas de grandes pensadores circunscritos a un área concreta del saber. Para un simple observador casual, es obvio que el presente es una categoría cronológica capaz de ser, a la vez, pasado y futuro.

La Grecia antigua no sólo produjo reflexiones que parecen salidas del mundo de las ideas de Platón. En un intento de dominar a éstas mediante el conocimiento, los pensadores no sólo se sirvieron de las formas más elevadas de la filosofía, sino que personalizaron conceptos e incluso los midieron. En la mitología griega había dos deidades susceptibles de confundirse: Cronos y Crono. La primera era la personificación del tiempo como abstracción, el dios de las edades, creado por autogénesis y unido a la inevitabilidad. Este Cronos, padre de las Horas, es el vinculado al tiempo esférico, a la ciclicidad, a la rotación y a la translación, a los inmutables cambios derivados de esta astronomía.

El otro, Crono, era el dios del tiempo de los hombres, asociado a la historia fabricada por ellos. Hijo del Cielo y de la Tierra y padre de Zeus, genitor de los otros dioses y de los hombres, el monarca del Olimpo. Una personificación con vicios y virtudes demasiado conocidos por la especie humana como para no ser identificables de manera inmediata.

A estas representaciones personificadas del tiempo se añadía una tercera, *kairós*, el momento concreto, oportuno, la coyuntura justa[23]. Chronos o Crono tenían un cariz cuantitativo, contable, en forma lineal o cíclica. Kairós era el tiempo en su acepción cualitativa, el instante preciso, el sentido de la oportunidad.

Todas estas figuras tan metafóricamente evocadoras, tan atractivas para la literatura y para el arte, convivían con la matemática cotidiana, con el cómputo del concepto. Muchas civilizaciones de la antigüedad sobresalieron en la teoría y en la práctica de la ciencia, tanto en los postulados astronómicos y matemáticos, como en la aplicación técnica y mecánica de los mismos[24]. Con el sol y la luna como referentes, sumerios, egipcios, mayas, incas y griegos, entre otros, construyeron mecanismos para medir los movimientos de rotación y translación[25]. Transformaron la astronomía en tiempo. El reloj de arena se atribuye a los egipcios; la clepsidra, a los griegos. Se afirma que Platón llegó a componer un despertador líquido. Los relojes de sol son comunes a diferentes culturas. En épocas remotas existió una organización horaria. También se articularon calendarios. Existieron profesionales cualificados en el sector tiempo. Los horologistas o fabricantes y reparadores de los artefactos que lo medían, por ejemplo.

Numerosos autores se aplicaron a la matemática y a la astronomía que servían de base a aquello que tenía tanto de ciencia como de filosofía[26]: Teodosio de Bitinia, Eudoxio de Cnido, Arato de Soli, Hiparco, Calipo, Autólico de Pitane. En el siglo III antes de Cristo, la astronomía helénica había probado la esfericidad de la

tierra. El bibliotecario de Pérgamo y estu- dioso de Homero y Hesíodo, Crates de Malo, fabricó un globo terráqueo aproximadamente una centuria después.

Los pensadores de la escuela alejandrina unificaron diversas cronologías en uso creciente para situar los acontecimientos y para que sirviesen como cañamazo donde tejer la historia. Timeo o Eratóstenes, por citar sólo dos nombres, coadyuvaron al perfeccionamiento de tal herramienta, capital para los historiadores[27]. En los aproximadamente 40 libros de sus *Historiae*, que cubrían desde los inicios de la historia griega hasta la primera guerra púnica, Timeo de Taormina usó una cronología precisa, fechando con el sistema de las Olimpíadas y con el nombre de los magistrados que conducían la vida pública en Atenas y Esparta. Desde el fecundo maridaje entre matemática y astronomía, Eratóstenes depuró científicamente la cronología, aplicándola a las fechas más relevantes para la historia de Grecia, desde la conquista de Troya. Filósofos de mucha enjundia reflexionaron sobre la percepción humana y el transcurso del tiempo, etéreo y abrumador a la vez[28].

## **2. 2. Las palabras**

El mundo como representación puede transmitirse de forma visual u oral, entre otras maneras de hacerlo. Las palabras son traducciones de conceptos mentales que intentan representar el mundo[29]. Como él, las palabras tienen fronteras trazadas por los hombres. Las palabras son contingentes, como los hombres y como el mundo. La filosofía del lenguaje nació –en Occidente- en la Grecia del siglo V antes de Cristo. Nació para entender algo ya muy viejo. Las representaciones escritas del lenguaje son maneras singulares de representar el mundo, de traducir visualmente una representación oral del mundo, que, a su vez, es una traducción de conceptos mentales.

Los profesionales de la historia han supuesto que los primeros sistemas de escritura fueron pictográficos. De ser así, estos enfatizarían la trilogía de representaciones mentales, visuales y orales. Una superación de la pictografía serían la fonografía (sistemas de signos que representaban sonidos, que hacían uso de la capacidad de abstracción privativa de los seres humanos), la logografía (sistemas de signos para expresar palabras) o los ideogramas (signos que expresaban conceptos)[30].

Puede que la escritura occidental naciese en Súmer o en Egipto o en ambas zonas de manera independiente[31]. A pesar de ello, la antigua Grecia representó un paso de gigante para la ciencia. Al completar el alfabeto fenicio, añadiéndole las

vocales y concluyendo un alfabeto de 24 letras, los griegos dotaron a Occidente de un sistema de comunicación inmejorable, que revirtió de forma global no sólo en la estructuración del saber, sino en todos los aspectos de la vida cotidiana.

Los griegos simplificaron lo que, antes de ellos, era una ciencia arcana, críptica, jerarquizada, que precisaba de un largo tiempo de adiestramiento para ser aprendida y que era la llave que permitía acceder a una categoría social de gran importancia: la de los escribas. Con sus 24 signos, el mundo heleno democratizó la escritura, haciéndola asequible a todo aquel que la quisiera aprender. La escritura se convirtió en una herramienta útil, no sólo para gobernantes y sacerdotes, sino también para las relaciones sociales en su sentido más lato. Para los comerciantes, para los hacendados, para los médicos, para los profesionales que, hoy, llamaríamos liberales...

En el año 2011, los niños occidentales que aprenden a escribir, tienen que memorizar 26 signos de media en cada alfabeto respectivo. La combinatoria de los mismos puede permitirles explicar el mundo en su inmensa complejidad. Los niños chinos, en cambio, a los 11 años, continúan enfrentando sus neuronas y su habilidad plástica con unos 2.500 caracteres. Para poder leer un periódico, cuando sean adultos, tendrán que descifrar 3.000 caracteres de media.

Dado que el mundo es complicado en todas partes, en el Extremo Oriente se necesitan unos 40.000 caracteres para describirlo de manera inteligible. Y una forma bella para acompañar a esos caracteres: en las escuelas chinas, se sigue enseñando caligrafía con las mismas reglas con que la practicó el escritor referencial Wang Xizhi, en el siglo III[32]. Cada niño deviene un escriba. Este aprendizaje es un pilar del sentido de identidad chino y a él se consagra una parte muy importante de la vida de los individuos. Cuando se reflexiona sobre el progreso, la civilización occidental no pondera en su justa medida la eficiencia de su alfabeto. Un conjunto de letras que permite dedicar el tiempo de estudio a contenidos –en medicina, biología, matemática, historia- y no (obligatoriamente) a formas a través de las cuáles vehicularlos.

No es extraño que los padres de la filosofía griega reflexionasen sobre tan potente instrumento: Platón en el *Crátilo* sobre la esencia del lenguaje[33]; Aristóteles, incardinándolo en la lógica y fundando el nominalismo, tan explorado por el pensamiento medieval de Occidente[34]; los estoicos, estableciendo los fundamentos de la gramática, hasta el punto que, en el siglo II antes de Cristo, el mundo heleno ya disponía de un arte consagrado a ella: *El arte de la gramática* atribuido a un tal Dionisio Tracio[35], el primero que se conserva.

Los griegos listaron palabras y acuñaron el concepto de *onomasticon* para definir a tales elencos. Se ha supuesto que el primero en emplear este derivado de *onuma* (nombre) y *onomázein* (dar un nombre) fue el cristiano Arrio Eusebio Pánfilo, que vivió entre los siglos III y IV[36]. El onomástico de Eusebio es un directorio toponímico, tan importante para la lingüística como para la geografía o la historia. Si fue el primero en bautizar un concepto funcional, lo cierto es que Eusebio no había inventado nada. Estas agrupaciones de palabras eran ya corrientes en el Antiguo Egipto, como evidencian, entre otros, el papiro Moscú 169 o de Golenischeff, también conocido como onomástico de Amenemipet[37]. Anterior a Eusebio, Filón de Biblos había reunido sinónimos y un directorio de toponimia[38]. Otro griego (por elección profesional, al menos), Julio Pólux compuso, en el siglo II, diez volúmenes ordenados temáticamente de un *Onomasticon* ático que tendría una influencia remarcable en el Renacimiento[39].

Más allá de la técnica, la preocupación por el vehículo del saber se expresa en la historiografía griega a través de la combinación óptima de forma y contenidos, observable, por ejemplo, en la amenidad narrativa de Arriano de Nicomedia[40] o en la *Ciropedia* de Jenofonte, un tratado de moral en forma de novela histórica, con que se pretendía enseñar a los gobernantes a serlo bien[41]. En todos los discursos de los más variados saberes que produjo la antigua Grecia se puede hallar la tan aristotélica combinación de *ethos* (intelecto), *pathos* (sentimiento) y *logos* (palabras) para producir en los receptores de los mismos un óptimo efecto retórico[42]. No en vano esta última ciencia, la retórica, era la herramienta usada en todas las actividades, la urdimbre en la cual aquéllas eran posibles.

### **3. Los receptáculos físicos de la historia**

#### **3. 1. Archivos**

En la antigua Grecia hubo una preocupación pública por la difusión cultural y por la conservación del soporte de la misma. Esta asunción de responsabilidades se tradujo en inversiones económicas: las *poléis* helénicas poseían archivos, bibliotecas y museos. De hecho, las palabras que dibujan tales conceptos, son griegas: *Arkheion* u hogar del arconte. El arconte era el magistrado que encabezaba la burocracia de muchas *polis* griegas. Las funciones y necesidades del estado requerían el trasiego documental. Para gobernar con eficacia era imprescindible la conservación de los documentos. Poco a poco, estos papeles oficiales dispusieron de un espacio propio. Un espacio civilmente sacralizado, de

acuerdo a su categoría. Asimismo, fueron convirtiéndose en depositarios de la memoria colectiva e, incluso, de la identidad de quienes los habían generado. No en vano, la palabra *arkhé* significa, también, origen. Un grupo de funcionarios especializados fue destinado a velar por estos documentos. En este sentido, un archivo podría ser la memoria de los orígenes o el espacio físico donde esta memoria reposaba.

La gestión de la res pública no era la única que generaba actuaciones que se consignaban por escrito. Alfabeto y números son indisociables de la actividad mercantil a una cierta escala. Culturas tan comerciantes como las mediterráneas no pudieron prescindir del registro de sus actividades. Las actuales escuelas de archivística enfatizan la inserción en un sector privado que ya usaba estos servicios hace miles de años[43]. *¡Qué atrasado está el progreso!* podríamos bromear con la entrañable Mafalda. Huelga decir que, en la antigüedad, el mundo helénico no fue el único clarividente con respecto a los documentos que se generaban en los ámbitos de gobierno, públicos o privados[44].

### **3. 2. Bibliotecas**

Las bibliotecas son el ensamblaje terminológico de *biblion* (libro) y *theke* (armario). Es decir, el espacio, normalmente dispuesto en cómodas estanterías, en que se almacenaban escritos susceptibles de ser usados. Indisociables de la escritura y de la lectura, la mayor parte de las civilizaciones humanas ha tenido bibliotecas[45]. También han dispuesto de archivos y museos, con independencia del nombre con que se les conociese. De la importancia que se les daba, es una prueba el carácter semisagrado del saber, consignado a escribas y a sacerdotes. Este carácter se extrapolaba al espacio físico, que solía, por ello, situarse en espacios como templos. Hubo bibliotecas en Asiria, en Mesopotamia, en Egipto; los judíos tuvieron bibliotecas. Y los griegos las transformaron.

A los helenos cupo la gloria de haber, si no inventado, al menos expandido el concepto de cultura. Las bibliotecas griegas ya no necesitaban el aura de lo sobrenatural. Podían permitirse ser espacios llenos únicamente de saber. Tuvieron bibliotecas instituciones públicas y también personajes particulares como Polícrates de Samos, Euclides de Atenas o Nicócrato de Chipre. Después de todo, la palabra filosofía significa amor a la ciencia. Una pasión que cualquiera podía sentir. Una pulsión no exclusiva de ninguna casta. Una afición que, en los

casos más afortunados, quería ser compartida. Grecia tiene otro compuesto feliz: filantropía.

La biblioteca ateniense regida por Pisístrato era de acceso libre para quien quisiera visitar sus contenidos. A pesar de lo escrito, en el mundo antiguo no son sólo éstos los rasgos analógicos con otras épocas. La biblioteca que convertía el saber en accesible fue atacada en sucesivos episodios bélicos. Quienes se mostraron tan ávidos de conjugar el verbo poseer, acabaron irreversiblemente con una parte de su riqueza.

### **3.3. Museos**

*Musaeum* u hogar de las musas. Uno de los primeros museos de que se tiene constancia es el *Museum* de la egipcia Alejandría, una especie de campus universitario, con academias y bibliotecas que devino un foco irradiador de saber bajo la protección –también económica- de la dinastía de origen helénico – macedónico- de los Ptolomeos[46].

### **4. Formas de hacer historia**

Las teorías filosóficas sobre la manera correcta de razonar trascendieron a la historia, como al resto de saber de Occidente. Así, el lenguaje de la lógica y las reglas para un análisis correcto, que Aristóteles desarrolló en su *Organon*. Igualmente, las explicaciones y las implicaciones metodológicas, tanto las deductivas de Platón, como la mezcla aristotélica de inducción y deducción y la importancia otorgada por este último filósofo a la observación empírica y a la experiencia a la hora de construir el conocimiento. Tanto el camino predominantemente ascendente de Aristóteles (que solía partir del estudio de los particulares para llegar a una esencia genérica) como la vía descendente preconizada por su maestro Platón (de la esencia hasta la forma, de la idea hasta la materialización de la misma), moldearon el entendimiento de los científicos posteriores[47]. En el mundo, no sólo del derecho, por ejemplo, fue axial la constatación de que se precisaban premisas sólidas para cimentar una espléndida conclusión (equiparada a deducción).

Lo anteriormente citado incidió en la estructuración de los textos. Aristóteles sostenía que un discurso, para ser considerado coherente –en la forma y en el fondo- tenía que constar de tres partes ordenadas: una introducción o prefacio que informase a los potenciales lectores de cómo y de por qué se había escrito la obra en cuestión; el cuerpo, conteniendo la información que interesaba transmitir, y una conclusión, que aclarase a los receptores los puntos resumidos más importantes de la misma.

En el campo histórico, tuvo especial trascendencia la necesidad de contar con lo que podríamos llamar *habeas corpus* justificatorio. Si los rapsodas podían prescindir de él, en cambio, quienes afirmaban por escrito y aspiraban a la credibilidad de sus textos tenían que basarse en testigos fidedignos, por lo cual, a menudo, los citaban de manera explícita[48]. En el siglo IV antes de Cristo, Aristóteles sostuvo que un texto o un discurso habían de contar, además de su contenido, con las pruebas que otorgasen verosimilitud al mismo.

Quizás por ello, no es infrecuente entre los antiguos historiadores griegos el uso de la bibliografía y las citas a las autoridades de que solían servirse, normalmente insertando ambas en sus textos[49]. Muchas veces, estas menciones son el único vestigio de que se dispone sobre la existencia de tales autoridades. Como tantos otros, Plutarco se sirvió de ellas para las biografías comparadas que son sus *Vidas paralelas*. En el prólogo de su *Anábasis*, Arriano de Nicomedia justifica haber escogido como fuentes a Ptolomeo y Aristóbulo.

Por otro lado, se puede contemplar también la inclusión de apéndices documentales, asimismo intercalados en el texto. En la *Ilíada*, por ejemplo, se ha discutido si “El catálogo de las naves” no podría considerarse dentro de esta categoría[50].

A pesar de la afirmación precedente, existen analogías entre los historiadores y los poetas, sobre todo, los poetas épicos[51]. Las composiciones herodoteas, por ejemplo, se ha supuesto que también se difundieron de forma oral entre un número variable, aunque plural, de oyentes. Los historiadores, como los poetas, usaron de licencias histórico-literarias. Tucídides, paradigma de historiador verosímil, inventó y desarrolló los diálogos de la trágica entrevista entre melios y atenienses de una manera que él consideró como históricamente posible[52]. Por cierto, ¿acudió a la mente de los catalanes que terminaron decidiendo el *fineixi la nació amb glòria* en 1714 aquel extracto del viejo Tucídides?

Irónicamente, el veraz Tucídides no explicitaba sus fuentes al nivel en que sí lo hacía el fantasioso Herodoto[53]. Con todo, a partir del siglo XVIII, Tucídides se convirtió en un icono del universo cultural de los historiadores. La suya es una reputación basada en una herencia cultural relativamente reciente. El espíritu de la Ilustración tendió a instalar en la economía moral de la vieja Europa la idea de que los acontecimientos más probables son los más prosaicos[54]. Los hechos más corrientes, los más ordinarios, fueron considerados los más creíbles. Las motivaciones más aceptadas como racionales pasaron a ser las menos idealistas, las más primarias.

En algunos ámbitos científicos, el escepticismo adquirió una gran reputación como concepto. La paradoja es que, para ciertos analistas, este escepticismo se acepta porque es escepticismo, porque concuerda con lo que nos parece que es la duda metódica cartesiana, tenida como quintaesencia científica. Así, que, para ellos, no es preciso comprobación alguna. Basta con que haya escepticismo para aceptar lo que la aplicación de tal concepto avala. Tal y como, en otras épocas, era suficiente con una bula papal considerada infalible.

En historia, para ser etiquetado como científicamente correcto, en los siglos XIX, XX y XXI, es preciso comprobar todo cuanto lleva implícita una creencia. A menudo, sin embargo, se da por cierto cuanto implique un escepticismo, un descreimiento profundo. La noción de lo políticamente correcto ha cambiado, afectando a nuestra ciencia. No es que ésta sea más “moderna”. Se ajusta a los esquemas del viejo Tucídides. Es tan clásica como esto. Tanto como el supuesto antagonista y también anciano Herodoto.

En la antigua Grecia, se hizo un uso de la historia similar al que se hacía de la filosofía. Ambos saberes servían para entender y explicar a los hombres, para explicar sus circunstancias y su evolución. En este sentido, la historia era un intento de responder a unas cuestiones comunes como la básica “¿de dónde venimos? Después de todo, como defendía Dionisio de Halicarnaso, la historia es la filosofía transformada en ejemplos[55].

La antigua Grecia ha legado una tradición crítica a Occidente. Historiadores y filósofos griegos escogieron, estudiaron, evaluaron e interpretaron hechos históricos para entenderlos en su compleja integridad. El mundo heleno fue la cuna de tantas esencias filosóficas desarrolladas con posterioridad. Esencias que han dejado huella en diferentes escuelas históricas o en individuos que han ejercido como historiadores. El objetivismo que parte de la idea de que la realidad y los acontecimientos que se generan en ella son independientes de la percepción

que se tenga de ambos. El realismo. El empirismo. El idealismo. Un gran número de cursos que desembocaban en el caudaloso río de la epistemología o estudio del conocimiento tuvieron su inicio en la Grecia antigua[56]. Las reconciliaciones de espíritus sólo dispares en apariencia (antes de los intentos kantianos), también.

En la metodología histórica, las preguntas se formulaban atendiendo a contenidos y a continentes. Afectaban a las fuentes primarias, por ejemplo, en cuestiones como su autenticidad y su proveniencia. Reflexiones etimológicas y sobre la filosofía del lenguaje, desarrolladas por Platón y por Aristóteles, revirtieron en la articulación del discurso histórico, si no explícitamente, al menos de forma implícita.

Una de estas reversiones historiográficas tiene que ver con el concepto de que la realidad es una y la aprehensión de la realidad es múltiple, tan numerosa, por la parte que afecta a la especie humana, como lo son las personas que observan y que piensan el mundo. Estos dos caminos, definidos como “el de la verdad” y “el de la opinión” ya se encontraban en Parménides de Elea (en el siglo V antes de Cristo) e impregnaron, a través de su reflejo platónico, la filosofía de Occidente[57]. Vinculado al pensamiento anterior, en los historiadores griegos ya se hallan reflexiones que se parecen, salvando las distancias, a lo que se podría definir como múltiples hermenéuticas. Herodoto, por ejemplo, expone diversas versiones de algunos hechos, sin decantarse por alguna en particular. Asimismo, una misma acción puede ser interpretada y asimilada de diversas maneras, si cada receptor la lee con diferentes códigos.

Los historiadores griegos incluyeron una gradación de testimonios directos e indirectos en sus relatos históricos. Lo hicieron a partir de la combinación de fuentes visuales, orales y escritas. Es decir, incluyendo testigos presenciales que habían podido contemplar lo que el historiador transmitía; testigos que habían escuchado contar lo que el historiador transmitía y lecturas de libros anteriores que se referían a esa misma historia que el historiador pretendía transmitir[58].

Cualquier narración suele tener una base –numéricamente contundente– de percepciones visuales. Desde un libro de historia hasta una novela, éstas conforman la mayoría de experiencias explicitadas por escrito. Este tipo de percepción, además, ha sido, hasta el siglo XX, el pilar del empirismo. Se la ha considerado, por tanto, una de las columnas que vertebran una de las más recientes (en perspectiva histórica) definiciones de ciencia[59]. Es un elemento que se puede contraponer y puede destruir, a partir de datos que esta misma percepción suministra, una teoría, por mucho que tal teoría haya sido

neuronamente elaborada[60]. La escuela positivista, también dentro de la ciencia histórica, ha sido el acertado paladín de la confianza en los datos, si bien por “inferencia lógica” a partir de datos empíricos[61].

La psicología –cognitiva, social y de la ciencia- ha matizado la, hasta el siglo XX, indisputada fiabilidad de este tipo de testimonios[62]. De reflexiones de científicos como Thomas Kuhn se desprendió que las observaciones de testigos directos de cualquier fenómeno dependen, en mayor o menor grado, de la psicología de estos mismos observadores: de sus compromisos sociales y políticos, de su actitud moral, de su entorno cultural... Ahora bien, ya Tucídides había descrito este proceso en el capítulo 22 del primer libro de la Guerra del Peloponeso. Siguiendo esta teoría, diferentes personas podrían interpretar –y transmitir- el mismo hecho de manera diversa. Así, lo que unos podrían condenar como intolerable maltrato a un niño; podría ser leído por otros como aplicación afortunada de saludable disciplina. Incluso en el civilizado marco occidental, todavía no se ha llegado a una percepción social mayoritaria de este terrible abuso de poder, como sí ha sucedido –por la implicación de los gobiernos (atentos siempre al porcentaje de votantes)- en el caso de la violencia ejercida sobre las mujeres.

Estudios sobre la memoria han demostrado que ésta es selectiva y episódica[63]. La memoria de los seres humanos no es un archivo milimétrico y exhaustivo de todas sus experiencias pasadas. No es el disco duro de un ordenador, aunque esta comparación nos agrade. Nuestro presente modela nuestro pasado. Como humanos y como historiadores. Incluso puede llegar a recrearlo para adaptarlo a nuestra representación contemporánea del mundo. Reinterpretamos lo acaecido para dotarlo de un significado coherente con nuestra ideología actual.

Los historiadores trabajan con los testimonios del pasado (y algunos de entre ellos, tienen una tendencia inveterada a ejercer como jueces). En este sentido, no sobra plantearse cuestiones como la de si un testigo directo posee la suficiente habilidad social como para observar, comprender y hacer introspección de las imágenes que sus ojos transmiten a su encéfalo o si este emisor trata –consciente o inconscientemente- de adecuar su mensaje a unos receptores que imagina, tienen una determinada tendencia[64]. George Eliot recreó perfectamente este proceso mental en la pequeña comunidad de Raveloe, cuando se trataba de identificar al autor de un robo sufrido por el protagonista de su novela, *Silas Marner*[65]

Es preciso tener en cuenta que cierto tipo de información es más susceptible de ser comunicada que otra[66]. Ésta es una característica que afecta, por ejemplo, a los documentos más íntimos como las memorias y los diarios personales. Es muy difícil hallar un testimonio que se atreva a cruzar la sutil línea azul[67] a la manera en que lo hicieron Samuel Pepys o Gavino Ledda[68]. El segundo, además, de forma consciente.

Después de todo, la palabra latina *persona* proviene de su homónima griega *prosopon*, que significa máscara y que se refiere a las que se ponían los actores para salir a escena antes de empezar a hablar. A usar las palabras, para mostrar o para esconder, que para eso y para más servían. A este respecto etimológico, cabría ironizar con que una prosopografía puede definirse como la colección de máscaras que sirven para ocultar a quienes se esconden tras ellas[69].

No hay que desesperar por la variabilidad antes descrita. Después de todo, las autobiografías son formas de explicación biocultural de un individuo. Y las memorias y diarios personales pueden ampliar esta definición para abrazar la relación entre el hombre y el entorno en que éste se ubica. Cada persona puede fabricarse su mapa del mundo. Sin embargo, esta cartografía individualizada tiene rasgos comunes con el resto de portulanos. Nuestra materia prima no difiere demasiado, genéticamente hablando[70]. La diferencia, demasiadas veces, estriba en la posibilidad de conjugar un solo verbo: tener. No únicamente dinero. La riqueza, que puede leerse, sobre todo, en clave emocional, permite acceder a un grado más elevado de contingencia, aumenta la capacidad de elección, puesto que refuerza la autoestima y hace que quien la posee se sienta capaz de aspirar a metas más diversificadas.

En relación con la idea anterior, los griegos incorporaron en sus análisis escalas de valores de origen autobiográfico. Tucídides pudo autofinanciar proyectos científicos propios sin necesidad de angustiarse con cuestiones de logística doméstica o vital porque su familia era propietaria de minas de oro en la Tracia. Un caso análogo dulcificó el *cursus honorum* del aristocrático Teopompo de Chíos. Muchos siglos después, Virginia Woolf plantearía abiertamente lo que habían representado tales adscripciones para el universo femenino en *Una habitación propia*[71]. En sociedades preindustriales, la identidad era otorgada, en gran medida, por el entorno en que una persona se insertaba. El huérfano quedaba apartado legalmente de determinadas opciones laborales y, por tanto, vitales. En Occidente, esta discriminación se ha superado, aunque sólo en su parte teórica. Sobre el papel, un individuo europeo tiene más posibilidades de reconstruirse si

no le agrada el material con que ha sido formado. La contingencia tiene más cabida en el “primer mundo” [72].

En la historiografía griega era posible encontrar un cultivo de la diversidad de perspectivas, tanto en los escenarios geográficos de los hechos, cuanto en los actores que los protagonizaban [73]. Este enfoque podía revestir el relato de mayor amenidad y credibilidad. Con todo, la pluma que se diversificaba de esta forma solía ser la de un único narrador omnisciente, que se convertía así en el responsable, tanto de la selección con que construía su discurso, como de la polifonía que pudiese apreciarse en el mismo.

Los historiadores griegos emplearon un abanico de criterios, desde temáticos hasta cronológicos, a la hora de articular formalmente los discursos históricos [74]. Asimismo, trataron de interrelacionar elementos tratados en sus narraciones. Los filósofos de la Grecia antigua buscaron entender los principios del mundo en que se incardinaban. En ese mundo, los elementos interactuaban entre sí. De ahí, las relaciones estrechas entre ciencias sólo aparentemente dispares. Ésta es también una de las causas que abogaban por las estructuras cíclicas y las formas circulares. Y es la razón que explica porque los filósofos escribían sobre matemáticas, ética, arte, zoología, política, historia o teatro. Sin negligir nada que pudiese ayudarles en su intento de comprender el mundo y a los seres que habitaban en él.

En esta inclusión, cabe añadir la experiencia, el valor del empirismo. En griego clásico, *empiria* es el sinónimo de la palabra latina *experientia*. Para muchos filósofos, la experiencia y las evidencias que se iban adquiriendo a medida que se transitaba por la vida –aún por la más humilde de las vidas- eran tan importantes como la tradición legada por sabios predecesores. A pesar de ciertas atribuciones simplistas que parecen indicar lo contrario, Aristóteles y Santo Tomás de Aquino no desdeñaron esta vía. Siguiéndola, cualquier individuo podía impulsar el saber, puesto que de receptor pasaba a ser emisor o a representar un papel doble –de emisor y de receptor al mismo tiempo- en relación con el conocimiento y con el mundo que le rodeaba. Siendo el “yo” (el agente responsable de pensamientos y acciones) una esencia contingente con conciencia de sí misma, esta representación propia es la clave de la adquisición de una identidad social [75].

Derivada de la afirmación anterior, de la antigua historiografía griega se desprende una concepción, frecuentemente implícita, de que el campo en el que un historiador podía afinar más sus análisis, hasta el punto de extirpar mitos y leyendas de los mismos, era el de la más estricta contemporaneidad. Para

interpretar el pasado remoto, se necesitaba el concurso de los ancestros. En cambio, uno podía ver, vivir (y descifrar con códigos estrictamente personales) el tiempo que era el suyo propio[76].

El pasado era el reino de los muertos. Se entraba en él con una venda en los ojos y con la necesidad de caminar guiado por manos ajenas. Al historiador incardinado en una época concreta, no le hacía falta lazarillo para transitar por ella. Podía confiar en sus sentidos y en su intelecto como herramientas. En ocasiones, los sedimentos que se depositaban a manera de estratos en su memoria, cuando reposaban, perdían el cariz turbio de la primera y agitada percepción de los mismos, adquirida durante la contemplación de un hecho o de una cadena factual. En tales casos, se podía, incluso, perfeccionar la capacidad de comprensión de cuanto había acaecido con instrumentos ajenos. Esta última opción se incrementaba en aquéllos, cuyo propio criterio no era suficiente para entender.

Entendiendo que tener criterio era disponer de herramientas interpretativas que funcionasen con eficacia, los discípulos de las diversas escuelas filosóficas (e históricas) de la antigua Grecia, solían hallarse en la última tesitura descrita en el párrafo antecedente, mientras duraba su proceso de aprendizaje. Si la formación había sido la correcta, los aprendices llegaban a la autosuficiencia interpretativa. El estadio ideal de la madurez epistemológica.

Ahora bien, es preciso tener en cuenta que Narciso nació en la antigua Grecia y que, incluso allí, ciertos profesores podían inhibir la potencialidad de las voces de sus pupilos, transformándolas en un simple eco, pensado en amplificar una supuesta gloria que anhelaban exclusivamente para sí. Enamorado de su reflejo, en la vieja mitología helena, Narciso muere estéril. Sin descendencia. Su imagen es incapaz de flotar sin el cuerpo que la sustentaba, que le servía de base.

## **5. Conclusiones**

La antigua Grecia es la madre del pensamiento occidental, en continente y en contenido, en su forma y en su fondo. En el primer apartado, el del continente, el mundo heleno codificó conceptos que devendrían trascendentes como el espacio, el tiempo o el uso de las palabras. Asimismo, los griegos construyeron las sedes físicas en que habrían de conservar la memoria de los hombres y los pueblos (archivos, bibliotecas y museos), dando a cada uno de estos lugares una función que acabaría siendo unánimemente aceptada (por su eficacia) en

Occidente. Asimismo, los helenos articularían las bases del patrimonio cultural intangible del mundo occidental, asentando una tradición crítica, de exégesis múltiples y con un amplio abanico de criterios a la hora de articular el discurso histórico. Esto facilitaba lo que hoy se conoce como interdisciplinariedad, puesto que permitía la interacción de campos científicos sólo aparentemente dispares. Los saberes, siendo diferentes, no se habían partido ni diferenciado del todo entre ellos mismos. La ubicación helena del hombre como centro y medida de todas las cosas posibilitaría una creación de dioses antropomórficos y una concepción antropocéntrica de la historia. Hasta el siglo XXI, esta concepción antropocéntrica ha sido la dominante, no sólo en la historia, sino en una vasta variedad de paradigmas científicos. La pujante emergencia de la interpretación ecológica, sin embargo, tiene como una de sus consecuencias la de los nuevos paradigmas que implican una nueva reubicación (no inexorablemente central) del hombre en los mismos.

---

[1] . Momigliano, A.: *The classical foundations of modern historiography*, U.C.P., Berkeley, 1990 (1961-1962). Romero, J. L.: *El pensamiento histórico en la cultura griega*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1953. López, M.: *La historiografía en Grecia y Roma. Conceptos y autores*, E.G.L., Lérida, 1991. En cuanto a las obras de los autores que aparecen reiteradamente en el presente artículo (como Herodoto o Tucídides), se ha accedido a la versión de las mismas publicada (en una versión bilingüe) por la Biblioteca Clásica Loeb.

[2] . Otros ejemplos en Mas, S.: *Techné. Un estudio sobre la concepción de la técnica en la Grecia clásica*, U.N.E.D., Madrid, 1995.

[3] . Rodríguez, F.: *History of the Graeco-Latin fable*, Brill, Leiden, 1999-2003. Dijk, D. van: *Ainoi, logoi, mythoi. Fables in archaic, classical and hellenistic Greek literature*, Brill, Leiden, 1997.

[4] . Caballero, J. A.: *Inicios y desarrollo de la historiografía griega. Mito, política y propaganda*, Síntesis, Madrid, 2006.

[5] . O'Grady, P. (ed.): *Meet the philosophers of Ancient Greece*, Ashgate, Aldershot, 2005. Luce, T. J.: *The Greek historians*, Routledge, Londres, 1997. Marincola, J.: *The Greek historians*, O.U.P., Oxford, 2001. Marincola, J. (ed.): *A companion to Greek and Roman historiography*, Blackwell, Oxford, 2007.

[6] . Gn 1, 26-27. Lorda, J. L.: *Antropología bíblica. De Adán a Cristo*, Palabra, Madrid, 2005. La coincidencia, mediante la adecuación, en este punto, de dos grandes corrientes filosóficas en Wallace-Hadrill, D. S.: *The Greek patristic view of nature*, M.U.P., Mánchester, 1968.

[7] . Aristóteles encuadró a los seres vivos en dos reinos: el animal y el vegetal. Muchos siglos después, el naturalista sueco Carlos Lineo añadió a los anteriores un

tercer reino: el mineral. Linné, C. von: *Systema naturae, sive regna Tria naturae systematicae proposita per classes, ordines, genera et species*, Haak, Leiden, 1735, p. 11.

[8] . La etiología es el análisis de las causas que originan determinados hechos o determinadas realidades. La etología es la rama de la zoología que estudia el comportamiento de los animales. Podríamos considerar a los etólogos como psicólogos de los animales.

[9] . Otras culturas previas habían desarrollado conceptos análogos. López-Ruiz, C.: *When the gods were born. Greek cosmogonies and the Near East*, C.U.P., Cambridge, 2010.

[10] . Martínez, R. B.: *La aurora del pensamiento griego. Las cosmogonías pre filosóficas de Hesíodo, Alcman, Epiménides, Museo y la teogonía órfica antigua*, Trotta, Madrid, 2000. Pizzagalli, A. M.: *Mito e poesia nella Grecia antica. Saggio sulla Teogonia di Esiodo*, Battiato, Catania, 1913.

[11] . Lefkowitz, M.: *Greek gods, human lives. What we can learn from myths*, Y.U.P., New Haven, 2003. Boyancé, P.: *Le culte des muses chez les philosophes grecs. Études d'histoire et de psychologie religieuses*, Boccard, París, 1937. Bremmer, J. N.; Erskine, A. (eds.): *The gods of Ancient Greece. Identities and transformations*, E.U.P., Edimburgo, 2010.

[12] . Alciati, A.: *Emblemas*, Akal, Madrid, 1993 (1531). Ripa, C.: *Iconología*, Akal, Madrid, 2007 (1593).

[13] . Pericles haría lo propio con los atenienses víctimas de un primer año de la guerra que les enfrentaba a Esparta y con los antepasados de los mismos, en general. Arbea, A. (ed.), Tucídides: *Discurso fúnebre de Pericles*, Tácitas, Santiago de Chile, 2008 (431 a. C.).

[14] . Ayudaron a la metamorfosis del hombre en símbolo literatos e historiadores de talla. Desde Plutarco hasta Shakespeare. Shakespeare, W.: *Pericles*, Arden Shakespeare, Londres, 2004 (c. 1607).

[15] . A pesar de que historiadores actuales lo consideren desfasado, siguen siendo útiles algunos análisis de Cochrane, C. N.: *Thucydides and the science of history*, O.U.P., Oxford, 1929. Krieger, L.: *Ranke. The meaning of history*, U.C.P., Chicago, 1977.

[16] . Myres, J. L.: *Herodotus, father of history*, Clarendon, Oxford, 1953. Hart, J.: *Herodotus and Greek history*, Croom Helm, Londres, 1931. Romm, J.: *Herodotus*, Y.U.P., New Haven, 1998.

[17] . Müller, K. O.: *History of the literature of Ancient Greece to the period of Isocrates*, Baldwin, Londres, 1850.

[18] . Shrimpton, G. S.: *History and memory in Ancient Greece*, Universidad McGill-Queen, Montreal, 1997. Romero, J. L.: *De Heródoto a Polibio. El pensamiento histórico en la cultura griega*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1953.

[19] . Grundy, G. B.: *Thucydides and the history of his age*, Blackwell, Oxford, 1948.

[20] . Darbo-Peschanski, C.: *L'Historia. Commencements grecs*, Gallimard, París, 2007. Burrow, J. W.: *Historia de las historias. De Herodoto al siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2008.

- [21] . Ideas concretas y fácilmente reconocibles en Wickersham, J. M.: *Hegemony and Greek historians*, Rowman y Littlefield, Lanham, 1994; a Hunt, P.: *Slaves, warfare and ideology in the Greek historians*, C.U.P., Cambridge, 2002; y en Lupino, E.: *Egemonia di terra ed egemonia di mare. Tracce del dibattito nella storiografia tra V e IV secoli a. C.*, Orso, Alejandría, 2000.
- [22] . Lateiner, D.: *The historical method of Herodotus*, U.T.P., Toronto, 1989. Más sobre l'école en Burguière, A.: *L'école des Annales. Une histoire intellectuelle*, Jacob, París, 2006.
- [23] . Valencia, G.: *Entre cronos y kairós. Las formas del tiempo sociohistórico*, U.N.A.M., México, 2007.
- [24] . Neugebauer, O.: *A history of ancient mathematical astronomy*, Springer-Verlag, Berlín, 1975. D. a.: *Science and mathematics in ancient Greek culture*, O.U.P., Oxford, 2002.
- [25] . Evans, J. C.: *The history and practice of ancient astronomy*, O.U.P., Oxford, 1998.
- [26] . Lloyd, G.E.R.: *Early Greek science. Thales to Aristotle*, Norton, Nueva York, 1970. Sarton, G.: *Ancient science though the golden age of Greece*, Dover, Nueva York, 1993. Pfeiffer, R.: *History of classical scholarship from the beginnings to the end of the hellenistic age*, Clarendon, Oxford, 1968.
- [27] . Brown, T. S.: *Timaeus of Tauromenium*, U.C.P., Berkeley, 1958. Un uso concreto de material timeico en Christensen, P.: *Olympic victor lists and ancient Greek history*, D.C., Hanover, 2007. Dragoni, G.: *Eratostene a l'apogeo della scienza greca*, C.L.U., Bolonia, 1979.
- [28] . Una perspectiva comparada en D. a.: *The past in the past. Concepts of past reality in ancient Near Eastern and early Greek thought*, I.C.R.H.C., Oslo, 2009.
- [29] . V.V.A.A.: *A companion to the philosophy of language*, Blackwell, Oxford, 1997. Anscombe, G.E.M.: *From Parmenides to Wittgenstein*, Blackwell, Oxford, 1981.
- [30] Fisher, S. R.: *A history of writing*, Reaktion, Londres, 2001. Christin, A. M. (ed.): *A history of writing from hieroglyph to multimedia*, Flammarion, París, 2002. Houston, S. D. (ed.): *The first writing. Script invention as history and process*, C.U.P., Cambridge, 2004.
- [31] . Lyons, M.: *A history of reading and writing in the Western world*, Palgrave Macmillan, Houndmills, 2010. Powell, B. B.: *Writing. Theory and history of the technology of civilization*, Blackwell, Oxford, 2009.
- [32] . Boltz, W. G.: *The origin and early development of the Chinese writing system*, A.O.S., New Haven, 1994. Gu, M. D.: *Chinese theories of reading and writing. A route to hermeneutics and open poetics*, S.U.N.Y.P., Albany, 2005.
- [33] . Ademollo, F.: *The Cratylus of Plato. A commentary*, C.U.P., Cambridge, 2011. Joseph, J. E.: *Limiting the arbitrary. Linguistic naturalism and its opposites in Plato's Cratylus and modern theories of language*, John Benjamins, Amsterdam, 2000.
- [34] . Larkin, M. T.: *Language in the philosophy of Aristotle*, Mouton, París, 1971. Un ejemplo práctico de cuanto se argüía en las líneas precedentes en D. a.: *Aristotle in China. Language, categories and translation*, C.U.P., Cambridge, 2000.

[35] . Davidson, T. (trad.): *The grammar of Dyonisios Thrax*, M.O., San Luis, 1874 (s. II a. C.). Bécades, V. (ed.): *Gramática. Dionisio Tracio. Comentarios antiguos*, Gredos, Madrid, 2002 (s. II a. C.).

[36] . Natural de la romana Cesárea de Palestina, Eusebio era, culturalmente, un griego que utilizaba la *koiné* para comunicarse a través de sus escritos. De aquí su inserción en este apartado. Wallace-Hadrill, D. S.: *Eusebius of Caesarea*, Mowbray, Londres, 1960.

[37] . Gardiner, A. H.: *Ancient Egyptian onomastica*, O.U.P., Oxford, 1968.

[38] . Este tan desconocido historiador fenicio del siglo I d. C., de hecho, fue una de las fuentes usadas por Eusebio. A parte de un escrito sobre las ciudades y sus pobladores más ilustres, parece haber compuesto una obra sobre bibliofilia (desgraciadamente perdida como la mayor parte de sus volúmenes). A pesar de ello, la escasa evidencia escrita filoniana es un periscopio que apunta directamente a la cultura fenicia. Baumgarten, A. I.: *The phoenician history of Philo of Byblos. A commentary*, Brill, Leiden, 1981. Si a través de Grecia, se puede comprender a Fenicia; a través de esta última, pueden intuirse otras realidades. Olmo, G. del: *El continuum cultural cananeo. Pervivencias cananeas en el mundo fenicio-púnico*, AUSA, Sabadell, 1996.

[39] . A partir de una traducción al latín, publicada en Venecia en 1502. D. a.: *L'Onomasticon di Giulio Polluce. Tra lessicografia e antiquaria*, Vita e pensiero, Milán, 2007.

[40] . Parece que, siendo consciente de ello, Arriano se autodefinía como el Alejandro (Magno) de los escritores.

[41]. Literalmente, la educación de Ciro (el Grande), la obra del historiador y militar griego Jenofonte (c. 430 a. C - c. 355 a. C.), *la abeja ática*, que, en forma de diálogo novelado para hacerse más inteligible, podía extrapolar sus máximas a cualquier gobernante. Una edición en castellano es la *Ciropedia*, Gredos, Madrid, 1987 (c. 365-380 a. C.). Jenofonte manifestó inquietudes similares en el *Hierón*, un diálogo, focalizado en el tirano de Siracusa, sobre los medios de que disponía un príncipe motivado por la felicidad de sus súbditos [Fernández, M. (ed.): *Hierón*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1971 (c. 474 a. C.)]. Due, B.: *The Cyropaedia. Xenophon's aims and methods*, A.U.P., Aarhus, 1989.

[42] . Jong, I.: *Narrators and focalizers. The presentation of the story in the Iliad*, B.C.P., Bristol, 2004. Bowra, C. M.: *Tradition and design in the Iliad*, Clarendon, Oxford, 1950. Lynn-George, M.: *Epos. Word, narrative and the Iliad*, H.P.I., Atlantic Highlands, 1988.

[43] . D. a.: *Pistoi dia tén technen. Bankers, loans and archives in the Ancient World*, Peeters, Lovaina, 2008.

[44] . Brosius, M. (ed.): *Ancient archives and archival traditions. Concepts of record-keeping in the Ancient World*, O.U.P., Oxford, 2003. Pedersen, O.: *Archives and libraries in the Ancient Near East, 1500-300 b. C.*, C.D.L.P., Bethesda, 1988.

[45]. Casson, L.: *Libraries in the Ancient World*, Y.U.P., New Haven, 2001.

[46] . MacLeod, R. (ed.): *The Library of Alexandria. Centre of learning in the Ancient World*, Tauris, Londres, 2004. Parsons, E. A.: *The Alexandrian library, glory of the hellenic world. Its glory, antiquities and destructions*, Elsevier, Amsterdam, 1952. Bevan, E.: *The house of Ptolemy. A history of Egypt under the Ptolemaic dynasty*,

Argonaut, Chicago, 1968. Alexander, E. P.: *Museums in motion. An introduction to the history and functions of museums*, Altamira, Oxford, 1996.

[47] . Una perspectiva genérica en Marenbon, J.: *Aristotelian logic, platonism and the context of early medieval philosophy in the West*, Ashgate, Aldershot, 2000. Otras aportaciones en Marenbon, J. (ed.): *The many roots of medieval logic. The aristotelian and non-aristotelian traditions*, Brill, Leiden, 2007.

[48] . Al respecto, es interesante la analogía con la práctica jurídica que establece Paulo Butti de Lima a *L'inchiesta e la prova. Immagine storiografica, pratica giuridica e retorica nella Grecia classica*, Einaudi, Turín, 1996.

[49] . D. a.: *The shadows of Polybius. Intertextuality as a research tool in Greek historiography*, Peeters, Lovaina, 2005. Hornblower, S. (ed.): *Greek historiography*, Clarendon, Oxford, 1994.

[50] . Simpson, H. R.; Lazenby, J. F.: *The catalogue of ships in Homer's Iliad*, Clarendon, Oxford, 1970.

[51] . A pesar de la reduccionista etiqueta lírica que afecta la producción de Píndaro, tal comparación se ha efectuado. Hornblower, S.: *Thucydides and Pindar. Historical narrative and the world of Epinikian poetry*, O.U.P., Oxford, 2004. No sólo con Píndaro, por cierto. Una amplificación genérica en Crane, G.: *The blinded eye. Thucydides and the new written world*, Rowman y Littlefield, Lanham, 1996. Romilly, J. de: *Réflexions parallèles chez Euripide et Thucydide*, North-Holland, Amsterdam, 1984; Huart, P.: *Tnome chez Thucydide et ses contemporains: Sophocle, Euripide, Antiphon, Andocide, Aristhophane. Contribution à l'histoire des idées à Athènes dans la seconde moitié du Vè siècle*, Klincksieck, París, 1973. Estas similitudes no son exclusivas del mundo griego, como se puede constatar en D. a.: *A companion to ancient epic*, Blackwell, Oxford, 2005. Interacciones culturales que revierten también en la historiografía en Gruen, E. S. (ed.): *Cultural borrowings and ethnic appropriations in antiquity*, Steiner, Stuttgart, 2005.

[52] . El ejemplo es extrapolable. Hohti, P.: *The interrelation of speech and action in the histories of Herodotus*, S.S.F., Helsinki, 1976.

[53] . Fehling, D.: *Herodotus and his "sources". Citation, invention and narrative art*, Cairns, Leeds, 1989. Immerwahr, H.: *Form and thought in Herodotus*, A.P.A.P.W.R.U., Cleveland, 1966. Grant, M.: *Historiadores de Grecia y Roma. Información y desinformación*, Alianza, Madrid, 2003.

[54] . Kelley, D. R.: *Faces of history. Historical inquiry from Herodotus to Herder*, Y.U.P., New Haven, 1998.

[55] . Dionisio es el autor de un análisis completo, dividido en 20 libros, sobre *Las antigüedades de Roma*. En ellos, trataba de explicar la historia de la Urbe desde sus orígenes míticos hasta la primera guerra púnica. Esta obra se conserva sólo parcialmente. Bonner, S. F.: *The literary treatises of Dionysius of Halicarnassus. A study in the development of critical method*, Hakkert, Amsterdam, 1969. Consecuentemente, una parte de las reflexiones históricas dionisiacas se hizo a través de *exempla*. Pritchett, W. K. (ed.), Dionisio de Halicarnaso: *On Thucydides*, U.C.P., Berkeley, 1975 (finales del siglo I d. C.).

[56] . Una trayectoria evolutiva parcial en Sherrat, Y.: *Continental philosophy of social science. Hermeneutics, genealogy and critical theory from Ancient Greece to*

*the twenty-first century*, C.U.P., Cambridge, 2006. Laird, A. (ed.): *Ancient literary criticism*, O.U.P., Oxford, 2005. Rey, A.: *La science dans l'antiquité*, La Renaissance du livre, París, 1930.

[57] . Palmer, J. A.: *Parmenides and presocratic philosophy*, O.U.P., Oxford, 2009. Pellikaan-Engel, M. E.: *Hesiod and Parmenides. A new view on their cosmologies and on Parmenides' proem*, Hakkert, Amsterdam, 1974. Mourelatos, A.: *The route of Parmenides. A study of word, image and argument in the Fragments*, Y.U.P., New Haven, 1970. Meijer, P. A.: *Parmenides beyond the gates. The divine revelation on being, thinking and the doxa*, Gieben, Amsterdam, 1997. Austin, S.: *Parmenides. Being, bounds and logic*, Y.U.P., New Haven, 1986.

[58] . D. a.: *Narrators, narratees and narratives in ancient Greek literature. Studies in ancient Greek narrative*, Brill, Leiden, 2004.

[59] . Morris, C. W.: *Logical positivism, pragmatism and scientific empiricism*, Hermann, París, 1937.

[60] . Achinstein, P.; Barker, S. F. (eds.): *The legacy of logical positivism. Studies in the philosophy of science*, Johns Hopkins, Baltimore, 1969. Singer, M.: *The legacy of positivism*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2005.

[61] . Simon, W. M.: *European positivism in the nineteenth century. An essay in intellectual history*, C.U.P., Ithaca, 1963. Bryant, C.: *Positivism in social theory and research*, Macmillan, London, 1985.

[62] . Steinmetz, G. (ed.): *The politics of method in the human sciences. Positivism and its epistemological others*, D.U.P., Durham, 2005. Keat, R.: *The politics of social theory. Habermas, Freud and the critique of positivism*, Blackwell, Oxford, 1981. Zammito, J.: *A nice derangement of epistemes. Post-positivism in the study of science from Quine to Latour*, U.C.P., Chicago, 2004. Caldwell, B. J.: *Beyond positivism. Economic methodology in the twentieth century*, Routledge, London, 1994. Shuman, S. I.: *Legal positivism. Its scope and limitations*, W.S.U.P., Detroit, 1963. Friedman, M.: *Reconsidering logical positivism*, C.U.P., Cambridge, 1999.

[63] . Bartlett, F.: *Remembering*, C.U.P., Cambridge, 1932. D. a.: *Parameters of remembering and forgetting in the transition from infancy to early childhood*, Blackwell, Oxford, 2000. Kasabova, A.: *On autobiographical memory*, C.S.P., Newcastle upon Tyne, 2009. Una aplicación de reflexiones similares a la tarea del historiador, en Wyschogrod, E.: *An ethics of remembering. History, heterology and the nameless others*, U.C.P., Chicago, 1998.

[64] . La implicación estrecha entre psicología e historia (en análisis de casos como el de la guerra civil española del siglo XX) en, por ejemplo, D. a.: *Collective memories of political events. Social psychological perspectives*, Erlbaum, Mahwah, 1997. Desde otro ángulo, Wolpert, A.: *Remembering defeat. Civil war and civic memory in Ancient Athens*, J.H.U.P., Baltimore, 2002.

[65] . Eliot, G.: *Silas Marner*, Ed. 62, Barcelona, 1983 (1861), p. 75.

[66] . D. a.: *Autobiographical memory and the construction of a narrative self. Development and cultural perspectives*, Erlbaum, Mahwah, 2003.

[67] . En meteorología, se llama así a la intangible barrera que separa la troposfera de la estratosfera. Al llegar a ella, se hace evidente que la tierra no tiene una simple forma lineal.

[68] . Latham, R.; Matthews, W. (eds.): *The diary of Samuel Pepys. A new and complete transcription*, Harper Collins, London, 1995 (1660-1669). Ledda, G.: *Padre padrone. L'educazione di un pastore*, Feltrinelli, Milà, 1977 (1975).

[69] . En una acepción historiográficamente más ortodoxa, la prosopografía se define como la biografía colectiva de grupos de individuos con características similares. Keats-Rohan, K. S. B.: *Prosopography approaches and applications. A handbook*, O.U.P., Oxford, 2007.

[70] . Markowitsch, H. J.; Welzer, H.: *The development of autobiographical memory*, P.P., Hove, 2010. Freeman, M.: *Rewriting the self. History, memory, narrative*, Routledge, London, 1993.

[71] . Woolf, V.: *Una habitación propia*, Seix Barral, Barcelona, 2008 (1929).

[72] . D. a.: *Making minds. The shaping of human minds through social context*, Benjamins, Amsterdam, 2007.

[73] . Porciani, L.: *Prime forme della storiografia greca. Prospettiva locale e generale nella narrazione storica*, Steiner, Stuttgart, 2001. Canfora, L.: *La storiografia greca*, Mondadori, Milà, 1999. Meister, K.: *La storiografia greca dalle origini alla fine dell'ellenismo*, Laterza, Roma, 2000. Musti, D. (ed.): *La storiografia greca. Guida storica e critica*, Laterza, Roma, 1979.

[74] . Hunter, V.: *Past and process in Herodotus and Thucydides*, P.U.P., Princeton, 1982.

[75] . Taylor, C.: *Sources of the self. The making of modern identity*, C.U.P., Cambridge, 1989.

[76] . D. a.: *Knowledge. Critical concepts*, Routledge, Londres, 2005, vol. I.